

“Nos dimos cuenta de que estábamos en la misma barca, todos frágiles y desorientados; pero, al mismo tiempo, importantes y necesarios, todos llamados a remar juntos, todos necesitados de confortarnos mutuamente. En esta barca, estamos todos. Como esos discípulos, que hablan con una única voz y con angustia dicen: “perecemos” (cf. v. 38), también nosotros descubrimos que no podemos seguir cada uno por nuestra cuenta, sino sólo juntos.” (Papa Francisco. Homilía del 27/03/20 con motivo del COVID-19)

Querid@s amig@s, cuidaros mucho y QUEDAROS EN CASA, que pronto volveremos a vernos.

HIJOS DE LA LUZ Y DEL CALOR: Puede que sea la definición más apropiada para quienes nos consideramos antorchas: “hijos de la luz y del calor”. Según el Diccionario Español, antorcha es aquello que sirve de norte y guía para el entendimiento y la conducta. Según la Biblia, la antorcha simboliza la rectitud del carácter: “*Él era antorcha que ardía y alumbraba: y vosotros quisisteis recrearos por un poco a su luz*” (Jn 5, 35). Igualmente, el mismo Libro Sagrado se refiere a la antorcha como la luz que brota de las Sagradas Escrituras: “*Tenemos también la palabra profética más permanente, a la cual hacéis bien de estar atentos como a una antorcha que alumbra en lugar oscuro hasta que el día esclarezca, y el lucero de la mañana salga en vuestros corazones*” (Pedro 1, 19). También el mismo Libro simboliza a la antorcha con la esperanza: “*Por amor de Sión no callaré, y por amor de Jerusalén no he de parar, hasta*

CONFINADOS

Que larga se hace la espera
cuando no se mueve el tiempo.

Que lenta la primavera,
apenas la estamos viendo,
el azahar de mi tierra
sólo, se está cayendo.

Hemos cerrado las puertas
y vivimos para adentro.

Hay que tener paciencia.
Toca templar los nervios.

Pero una puerta no cierra,
esa, del corazón nuestro,
dónde el miedo no se acerca,
un espacio siempre abierto.

Démosle rienda suelta
y que no se quede quieto
como lo están nuestras piernas.

Que se entregue por completo,
que el contagio no le afecta
ni le preocupa tenerlo.

Déjale hacer lo que quiera,
expresar sus sentimientos,
que es la mejor manera
de sostener este encierro

que salga como resplandor su justicia, y su salud se encienda como una antorcha” (Is 62, 1). Como vemos, no estuvo elegido mal, ni mucho menos, el nombre de Antorcha para nuestra Peña. No le pusieron nuestros fundadores este nombre al azar, de sobra sabían lo que significaría ser antorchas, quedaba mucho camino por recorrer y mucha vida a la que ayudar. Teníamos que ser ejemplo y enseñar con ello a los demás, sobre todo a las nuevas generaciones, cómo comportarse ante la necesidad del otro antes que la de uno mismo: “*Porque el mandamiento es antorcha, y la enseñanza luz; y el camino de la vida las represiones de la enseñanza*” (Proverbios 6, 23). No le pusieron ese nombre solo por llamarla de alguna manera, por imperativo legal, sino para que la gente supiera quiénes éramos y que estaríamos ahí,

POESÍAS DE UN ENCIERRO

(Un espacio que hemos puesto para
alojar las poesías que el Sr.
Presidente nos está dejando por
diversos medios.

En nuestra sede cerrada
sólo en los cuadros hay gente,
parece que está encantada,
nadie habita la morada
de la Antorcha incandescente.

Tanta soledad callada
Tanto corazón ausente
Sólo queda una mirada
que llena de luz la sala,
la Madre de Dios presente.
Todo es silencio y es nada,
no hay bullicio de repente,
tan sólo hay vida en las plantas
que poco a poco se apaga
sin agua que la sustente.
La corona no es dorada
como los reyes la tienen,
ha venido agazapada
en un virus transportada
desde Oriente hasta Occidente.

Y nos ha encerrado en casa
sin que nadie pueda verse,
sin los abrazos del alma,
sin manos entrelazadas
y sin nadie que te bese.
Pero una cosa está clara
y es que, por más que se empeñe,
esta Antorcha no se apaga,
con este calor se abrasa,
con toda esta luz, se muere.

Cristóbal

para ofrecernos siempre, en lo que hiciera falta: “*Ninguno que enciende la antorcha, la cubre con vasija, o la pone debajo de la cama; mas la pone en un candelero, para que los que entran vean la luz*” (Lc 8, 16). Y con sus ejemplos, nos enseñaron cómo teníamos que ser antorchas, cómo debíamos de mirar cara a cara a la adversidad, cómo combatir la pobreza, la exclusión, el abandono, cómo iluminar la oscuridad: “*Así que, siendo todo tu cuerpo resplandeciente, no teniendo alguna parte en tinieblas, será todo luminoso, como cuando una antorcha de resplandor te alumbra*” (Lc 11, 36). Ser antorchas no significa tener todos el mismo carácter, la

misma forma de pensar, ser de la misma afinidad política o religiosa, lo que realmente debemos de tener todos en común es el mismo corazón, un corazón que se entregue sin pedir nada, pero también un corazón que perdone, que admita sus propios errores, que sepa igualmente pedir perdón. Somos hijos de la luz y del calor porque es lo que nuestros padres nos enseñaron a ser, y esa enseñanza es nuestra obligación transmitirla a nuestros hijos, a nuestros amigos, a quienes acuden a nosotros en busca de ayuda y a quienes se unen a nosotros para ofrecerla. Ser antorchas debe de ser algo más que pertenecer a una asociación, bastante más que disfrutar de sus actividades, básicamente, ser antorchas es ser personas de buen corazón.

En estos días, estamos padeciendo una crisis sanitaria propia de la Edad Media, no del siglo en el que vivimos, pero la enfermedad no entiende de calendarios, de estatus social o del color de la piel y es producto, en la mayoría de las veces, de nuestros propios despropósitos. Nuestra Peña, por primera vez después de casi medio centenar de años de historia, permanece cerrada herméticamente. No funcionan los Talleres, no hay actividades, no habrá caseta de feria, también por primera vez desde su fundación. Pero, ¿quiere decir eso que nuestra antorcha está apagada? Categóricamente NO. La llama de nuestra Antorcha es incandescente y su combustible inagotable. Habrá bajado su intensidad pero no su calidad; sigue iluminando y calentando porque su gente somos hijos de la luz y del calor. Y ¿cómo puede ser eso? ¿Cómo se puede ayudar a alguien si estamos reclusos, confinados, en nuestro propio espacio? Pues, sencillamente, estando pendientes unos de otros, ahora nos toca almacenar combustible para que nunca nos falte. Ha llegado el momento de pensar un poco en nosotros, de cuidar de nosotros, de darnos a nosotros para hacernos más fuertes. La necesidad está ahora en la propia llama de nuestra Antorcha y no solo en nuestros enfermos, sino también, en los que no padecemos enfermedad alguna. El confinamiento que estamos padeciendo lleva consigo, en la mayoría de los casos, soledad, angustia, desesperación, hasta miedo. Las nuevas tecnologías, que este avanzado siglo ha puesto a nuestra disposición, nos está ofreciendo la herramienta necesaria para que, no solo la voz, sino incluso la imagen, hagan que sea posible sentirnos más cerca, tan cerca, que casi podamos abrazarnos y sentirnos igualmente mejor para combatir todos los síntomas expuestos anteriormente. Nosotros mismos necesitamos ahora la luz y el calor de nuestra Antorcha y, de ninguna manera, puede considerarse eso egoísmo, simplemente que la necesidad ahora la tenemos en nuestros corazones y nuestra Antorcha tiene que preocuparse también de las manos que la portan. Tenemos ahora todo el tiempo del mundo y la herramienta adecuada para no dejar que nadie, ningún antorcha, se sienta solo, que quien nos necesite nos tenga, no sabéis lo que puede llegar a significar para alguien un simple “Hola, ¿cómo sigues?”.

Aparte de todos los ángeles que están velando por nosotros en estos días, nuestra Peña también dispone de su propio ángel, alguien al que no le importa exponerse, siempre él solo, nunca en contacto directo con el que ayuda para evitar males mayores, con tal de solucionar problemas o abastecer de alimentos, medicinas, ropa, a nuestros antorchas mayores o enfermos. Corazón entregado, hijo de la luz y del calor. Nuestro aplauso más anónimo para él y que Dios se lo pague y le proteja.

Aprovechemos estos días de clausura, que de eso sí sabemos un rato, para recargar nuestro combustible y poder regresar con mayor fuerza. Pero sobre todo, dedicar estos días a cuidarlos mucho, a seguir las recomendaciones, que nos hacen, al pie de la letra. Nuestra Antorcha cada vez pesa más y necesita manos fuertes y decididas para portarla. El quedarnos estos días en casa, significará que todo esto pase más rápido, que podamos estar cuanto antes todos juntos de nuevo y que la luz y el calor de nuestra Antorcha vuelva a encandilar y abrasar a quienes, con toda seguridad, van a seguir necesitándonos. Alcanzaremos la normalidad cuando así pueda ser. Ánimo, paciencia y mucha fuerza para todos.

Nada más. Hasta la próxima. Un cordial saludo de

AHORA NOS NECESITAN

Las arrugas de la vida
en su rostro se marcaron
Los recuerdos se le olvidan,
sus ojos se van cerrando
A este mundo nos traían
sin importarles ni cuántos.

Vivir, sin vivir, vivían,
solo en nosotros pensando.

Y se le echaron encima
uno tras otro los años,
muchas penurias sufridas,
rendidos por el cansancio.

Y cuando el sol se ponía
en su horizonte tan manso,
con los nietos de porfía
por sentarse en su regazo,
de nuevo viene la vida
en su lado más amargo
borrándoles la sonrisa,
esa, que nos dice tanto.

Ahora nos necesitan,
no les demos esquinazo,
vivamos para sus vidas
igual que ellos antaño.

Protejamos su sonrisa,
que no le borren ni un trazo,
que es la mejor medicina
para curar nuestro llanto.
Y esos ojos que te miran,
cansados de tanto darlos,
no se cierren todavía,
les queda mucho que darnos.

Cristóbal

A nuestros padres y abuelos
que tanta falta nos hacen,
por todo lo que nos dieron

LA JUNTA DIRECTIVA